

TARDES DE SINESTESIA

Tenía toda la tarde para mí y, de nuevo, se me volvió a escapar entre los dedos.

Horas, minutos, segundos, corriendo implacables entre reels insignificantes, capítulos vacíos y pensamientos desvaneciéndose en ensañaciones de procrastinación.

Y luego la culpa. Una montaña de platos y ropa que lavar, exámenes que corregir y un cerebro demasiado cansado para decidir qué cenar. Otro día gris se desintegra.

Por la mañana la ansiedad crece y los nervios florecen al cruzar la puerta que da paso a una interminable batalla por el respeto, el conocimiento y la empatía, cuyo mayor enemigo son las historias de mentes atormentadas de almas libres de culpa. Entre momentos de emoción e impotencia, sobrevivimos para continuar un día más.

Tengo toda la tarde para mí.

Hoy paro. Necesito parar y expresar este conflicto, esta necesidad de mí. Agarro mi cuaderno y comienzo a escribir estas palabras que fluyen rápido entre tachones y breves pausas. Y dentro de mí despierta algo que llevaba tiempo dormido.

Mi terremoto interno toma un descanso, la música me inspira y me siento un poco más completa, un poco más en paz, un poco más en mí.

Respiro. Me escucho.

A lo lejos, resuenan los colores.